



En las aulas: tras once años de ausencia.

## Aranguren ritorna vincitor

La entrada de la vieja Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense estaba llena de fotógrafos, como antes cuando venía el ministro a inaugurar el curso académico. Pero ahora los fotógrafos no esperaban a ningún ministro, sino a una víctima ministerial: el mundo da muchas vueltas, como dijo Galileo. Aranguren volvía después de once años a la cátedra de la que fue arbitrariamente despojado por un pintoresco tribunal montado desde las alturas para este caso, dentro de la más sana y expeditiva tradición fascista. Sus dos colegas en esta sanción máxima, Tierno Galván y García Calvo, también han sido repuestos en sus anteriores funciones, aunque este último todavía no haya decidido nada respecto a su posible retorno. Razonable vacilación: después de haberle echado a uno a patadas de un puesto legítimamente ostentado por atentar contra un orden que se detestaba, bien pudiera ser que le volvieran a llamar a uno de prisa y corriendo para apuntalar ese mismo orden poco o nada remozado. Sin incurrir en soberbia, como dice Tierno que haría quien rechazase esta oportunidad, cabe por lo menos el distanciamiento de la sospecha. En todo caso, para quienes hace once años estudiábamos Filosofía en ese mismo edificio y aspirábamos a algo menos mortecino y estúpido que lo propinado desde las cátedras, el retorno victorioso de Aranguren no puede ser más que motivo de la más sincera y —¡ay!— nostálgica alegría. En aquellos días, Aranguren representaba la posibilidad de una vida

académica no regida por la mediocridad, instalada en el dogmatismo y motorizada por la trapisonda como la que padecíamos los estudiantes de disciplinas ideológicas —¿y cuál no lo es?— en la Universidad española. Sus clases, sus seminarios, su actividad constante de levadura cultural eran algo tan insólito en este país como normal en otros Estados europeos donde los ideales democráticos y humanistas habían salido victoriosos del enfrentamiento con la barbarie fascista. Es fácil hoy —y sin duda necesario— examinar crítica y revolucionariamente esos ideales de un liberalismo que casi siempre ignora lo que sabotea su proyecto, pero es difícilísimo para quienes ahora estudian en la Universidad imaginar la angostura y mediocridad de los planteamientos de hace tres lustros en España: incluso a quienes intuimos las contraindicaciones de la “buena” Universidad, poco nos quedaba por hacer fuera de apoyarla frente a la parodia académica reinante. El mérito de Aranguren fue posibilitarnos ir más allá de él mismo: y digamos de inmediato que él ha sido el primero que se ha rebasado a sí mismo y ha evolucionado en estos once años con no menor denuedo que cualquiera de sus discípulos de antaño.

Pero volvamos al 18 de octubre de 1976: hace veintidós años que murió Ortega y Gasset y pocos días menos de la fecha en que Aranguren ganó su cátedra de Ética y Sociología. En el hall de la Facultad hay fotógrafos y periodistas. Un gran cartel da la bienvenida al profesor recuperado y solicita amnistía

TOTAL, pues no se olvide por oportunismo que ni la ha habido ni parece que próximamente la vaya a haber. En el Paraninfo se reúnen, además de los alumnos de la cátedra, numerosos amigos y antiguos discípulos de Aranguren: Jesús Aguirre, Ricardo Gullón, Gregorio Peces-Barba, Víctor Sánchez de Zabala, Lourdes Ortiz, José Luis Abellán... No hay catedráticos a lo que veo, salvo la honrosa y siempre única excepción de Carlos Paris. Antes, en el bar de la Facultad, Millán Puelles se tomaba un cafelito, parece que cortado, pues el corte no podía ser más evidente, y a Toldó le supongo en una gira por las provincias, a ver si hay suerte y las redime. Una de esas ovaciones que suelen calificarse de “cerradas”, pero que en esta efemérides más vale llamar “abierta”, saludó la presencia de Aranguren en el salón de actos. Un tanto nervioso al principio, pero en su mejor forma después y entrañablemente humano siempre, escuchamos unas palabras discretas e intencionadas del veterano profesor. Tras recordar cariñosamente a su adjunto, Javier Muguerza, que no pudo asistir, aludió al “declamamos ayer” de Fray Luis de León y se consideró incapaz de repetirlo: sería olvidar que demasiadas cosas median entre su marcha de la Universidad y su retorno, aunque la administración quisiera obviarlas de un plumazo no menos desconsiderado que el que le expulsó. Se refirió a la soledad del viejo edificio universitario que habitábamos, edificado por la República; el llamado “Estado de obras” franquista —el inventor de la

formulita parece que aspira a seguir “obrando” en lo futuro, dentro de una Santa Alianza de reciente formación— no ha tenido suerte con los edificios universitarios: la Facultad “B” de Filosofía se agrieta bajo el peso de los libros —significativa alegoría del régimen totalitario— mientras el “ghetto” de la Autónoma se viene definitivamente abajo, tal como se previó hace cuatro años, al inaugurarse. Pasó revista a los actuales movimientos filosóficos en España y los comparó con los vigentes en la fecha de su evicción de la cátedra. Luego, ya tratando específicamente de Ética y Sociología, habló de las dimensiones críticas y utópicas de ambas materias fusionadas. Por la crítica, ambas inciden en la vigente práctica después de que ésta tiene lugar; por su atisbo utópico, ambas se adelantan a la práctica posible y dibujan alternativas a lo dado. Lo difícil tanto para la ética como para la sociología (entendida esta última de modo no positivista) es marchar de consuno con la práctica efectiva, no antes (utopía) o después (crítica). Tal fue el propósito de Karl Marx y no otro el que Aranguren quisiera realizar en este curso que hoy empieza. Tras una cariñosa despedida, los asistentes salimos del Paraninfo. En el hall me parecía ver, con sólo cerrar los ojos, las asambleas excitadas y alegres de los años idos, los chorros de las mangueras haciendo saltar los cristales y bañando los pasillos con su líquido verdoso, las cargas de la Policía contra las que oponíamos pedazos de tabla y barricadas de mesas o bancos... Leíamos a Erich Fromm —su “Miedo a la libertad”— y al Sartre traducido en Argentina. Odiábamos y padecíamos a los grandes pontífices de la idiotéz hispana. Se cantaba el “No nos moverán” y hasta el “Gaudemus igitur” de las narices: pero bien que nos movieron... y qué diablos, nosotros también les movimos a ellos. Parece ya imposible; teníamos dieciocho o veinte años, como probablemente alguien debe tenerlos también ahora. Bien venido José Luis Aranguren, profesor y cómplice de nuestra juventud, como lo será también de la de hoy. Como profesional de la enseñanza —de la Filosofía no creo que se pueda ser profesional— me conformaría con no portarme peor que él cuando me llegue el momento preciso. Pasado mañana Aranguren comenzará a hablar de Ética en la Facultad de Filosofía de Madrid: es un derecho que se ha ganado y no sólo en las oposiciones. ■ FERNANDO SAVATER.